



diencia á su autoridad, suspension de hostilidades, reciproca libertad de presos y restitution de propiedades: ofreciase á la Inglaterra una parte en el comercio con aquellas provincias y ajustarla paz, y desde luego la facultad de comunicar con las sublevadas mientras durase la negociacion, la cual habia de quedar terminada en quince meses. Pero á estas bases, que hubiera aceptado la Gran Bretaña, añadió otra reservada la regencia exigiendo que en el caso de no verificarse la conciliacion, suspendería, no sólo sus funciones de mediadora, si que también toda comunicacion con las provincias y auxiliaría á España para someterlas á la obediencia. La prevision era discreta, pero inoportuna y torpemente formulada. Negóse la Inglaterra á admitir la adiccion, enviando sin embargo, comisionados especiales á Cádiz para arreglar el asunto; los cuales, despues de acordada la refundicion de la base reservada en una de las otras, pidieron que la mediacion se extendiese á toda la América; exigencia injustificable, que rechazó conentereza el ministro Pezuela. Propuso entonces nuevas bases el embajador inglés, pero en el mismo sentido, pues pedia la libertad de comercio, y dejaba traslucir el proyecto de formar de nuestras colonias una federacion, solo ligada á España por lazos mercantiles.

Añadió impolíticamente á estas proposiciones una nota que recordaba los servicios que estaba prestándonos su gobierno en la presente guerra, como si su interés en vencer á Napoleon no fuese igual ó mayor que el nuestro. Causó indignacion que se nos echase en cara una generosidad que pagábamos con nuestros tesoros, con los mercados que en la Peninsula y en América habiamos abierto al comercio inglés, con la desolacion de nuestros campos y ciudades, de que la Inglaterra estaba libre, y con nuestra sangre, más copiosamente derramada en una causa de interés europeo. Así, aunque tuvo alguna voz amiga en las Córtes,

éstas dieron al embajador una respuesta vágala pero bastante significativa para que los comisionados especiales tomasen la resolucion de retirarse. Su gobierno, bien que friamente, volvió á promover este asunto en Setiembre del mismo año 12; mas el expediente se emboscó en nuestras oficinas, y así concluyó un asunto que tanto interesaba á la prosperidad de pueblos hermanos, lanzados en mal hora á una guerra sangrienta.

Con la Rusia hubo también una disputa que entibió algo las relaciones que tanto convenia á ambas potencias mantener en buena concordia.

Fué la causa una simple cuestion de etiqueta suscitada por nuestro embajador en Londres, el conde de Fernan Nuñez, sobre quien habia de ocupar puesto de precedencia en las reuniones diplomáticas, si él ó el ministro de emperador. La razon, digámoslo, los antecedentes históricos estaban de parte de España; pero nuestro representante no supo hacerlos valer oportunamente, y el ministro de Estado, Labrador, los sostuvo con una tenacidad comparable á su falta de circunspeccion. Las Córtes entendieron demasiado tarde en este asunto; pero habiendo desaprobado la conducta de Labrador, que motivó su salida, prepararon la solucion que tuvo este incidente diplomático en 1814; que habria absoluta igualdad entre ambas coronas, observando la alternativa en la precedencia.

Esta disputa no impidió que la Suecia, subordinada á la política del Autócrata, aunque regida por un soberano salido de la revolucion francesa, ajustase con nosotros un tratado semejante al suyo, de amistad y alianza, que se firmó en Stokolmo el 19 de Marzo de 1813. La Prusia entabló luego negociaciones con el mismo objeto.

Preparábase la grande alianza que debia convertir en triste ensueño la poética historia del emperador.

CAPÍTULO XXXVII

Última campaña.—Organizacion que da Wellington á los ejércitos aliados.—Hechos de Mina: victoria de Castalla contra Suchet.—Batalla de Vitoria: entra perseguido José en Francia: victoria de Tolosa.—Valencia y Cataluña: Suchet evacua á Valencia por la noticia de Vitoria.—El general París evacua á Zaragoza: Mina lo derrota y obliga á meterse en Francia por Jaca.—Napoleon separa á José y nombra á Soult su lugar-teniente en España: asalto y toma de San Sebastian: victoria de San Marcial.—Declárese el Austria contra Napoleon.—Rendicion de Pamplona.—Cataluña.—Valencia.—Napoleon vuelve á Paris derrotado en el Norte.—Napoleon autoriza á su hermano para abrir trato con las Córtes: negociaciones secretas que aquél entabla con Fernando en Valencia.

Llegamos por fin á referir la memorable campaña que puso glorioso término á esta desastrosa lucha de la independenciam.

Preparándose para ella Wellington, ocupó el invierno de 1812 en la Frejeneda en dar nueva organizacion á sus ejércitos. Consideró al suyo, que se extendia hasta Ciudad-Rodrigo, la base principal de sus cálculos, y enlazó con él á los que se hallaban á derecha é izquierda. Los de esta parte, denominados 5.º, 6.º y 7.º que estaban esparcidos por Extremadura, Galicia, Asturias y Provincias Vascongadas, constituyeron el 4.º ejército, siguiendo bajo el mando supremo de Castaños. Las divisiones que lo formaban se agruparon en tres cuerpos, centro, ala derecha y ala izquierda, á las órdenes de los mismos jefes que las regian: Losada, Bárcena y Porlier, las del primero; Morillo y Carlos de España las del segundo; Longa, Mendizabal y Mina las del tercero: la caballería de

Villemur siguió unida al centro. Componian estas fuerzas muy cerca de cuarenta mil hombres. Las tres divisiones de infantería y una de jinetes que se hallaban á la derecha del ejército principal hácia Sierra Morena y la Mancha: mandadas por el príncipe de Anglona, marqués de las Cuevas, Mourgen y Sisternes, constituyeron el tercer ejército, dirigido en jefe por el duque del Parque. Contaba algomás de veinticuatro mil hombres. El conde del Abisbal tuvo, al entrar en la primavera, ya organizada en las Andalucías una reserva de diez y seis mil hombres, repartidos en tres divisiones. Otra reserva que formó Lacy en Galicia no llegó á salir de esta provincia.

En el centro de este gran semicírculo estaban situadas así las tropas contrarias: los ejércitos del centro y mediodía, bajo las órdenes de José y Soult, en Castilla la Nueva cubriendo las orillas del Tajo; el denominado de Por-



tugal, á cuyo frente se hallaba ahora el general Reille, ocupaba Castilla la Vieja y parte del antiguo reino de Leon; y el que se nombra del Norte, que se puso bajo el mando de Clausel, unas veces tenía sus reales en Búrgos, otras en Vitoria. Estos ejércitos, rebajados en su fuerza por las sustracciones que Napoleon hizo para acudir á Rusia, constaban de unos ochenta mil hombres; de los cuales hubo de rebajar seis mil, que al ir á empezar la campaña salieron de España con Soult para acompañar al emperador. Al mismo tiempo dispuso éste que José mandase en jefe todos los ejércitos franceses que aquí habia, en cuya virtud se trasladó á Valladolid para dirigir la próxima campaña, que á todos parecia decisiva.

El estado moral en que se encontraban ambas huestes era muy semejante, pues la fortuna habia andado tornadiza y vária en los sucesos que tuvieron lugar durante el invierno y la primavera. Longa y Mendizábal sostuvieron encuentros ventajosos en Cubo y en Poza, camino de Búrgos á Vitoria y á Santoña, y en Ceberio, Marquina y Guernica, dentro de las provincias Vascongadas, teniendo en continua alarma á la guarnicion de Bilbao. Pero Castro-Urdiales, puerto abrigado y seguro de la provincia de Santander, cayó en su poder á mediados de Mayo, á pesar de la prillante defensa que hizo el gobernador D. Pedro Pablo Alvarez, que fué de los últimos en embarcarse cuando todo estaba ya perdido, fuerte, castillo y villa. Mina, emprendedor y astuto, batió dos veces al general Abbé, rindió á Tafalla y á Sos, desbarató una columna en los campos de Lodosa, y cuando Clausel y Abbé, entre enojados y confusos, combinaban una batida á manera de cacería contra nuestro guerrillero, éste rendia á su espalda la guarnicion de Mendigorria, y burlaba todos sus movimientos y cálculos estratégicos.

En Cataluña, el audaz Rovira continuó sus correrías á Francia siempre afortunadas; el atrevido baron de Eroles y el general Copons arrasaron en tres dias los puntos fortificados que el enemigo conservaba entre Tarragona y Tortosa; Llauder alcanzó en el valle de Rivas la señalada victoria que sirvió de apellido al

título de marqués que le dieron años adelante. Sin embargo, estos bizarros caudillos no pudieron estorbar que el enemigo socorriese á mediados de Mayo, por medio de un hábil movimiento, las plazas de Tarragona y el Coll de Balaguer.

Ayudaban al afortunado éxito de las operaciones de Navarra y Cataluña las divisiones de Sarsfiel, Villacampa, el Empecinado y Duran, que, haciendo núcleo de sus operaciones el territorio de Aragon, se extendia en todas direcciones segun creian ser necesario. El Empecinado, burlando los planes de Soult, siguió causando alarmas en la corte, á cuyas puertas llegaba como si todo el territorio le perteneciese.

Los sucesos más desgraciados fueron los que sustentaron el 2.º ejército y la division anglosiciliana que se albergaba en Murcia. Cuando Suchet vió la línea que formaban desde Alcoy á Yecla, se movió en combinacion con el general Harispe, á quién facilitó un importante triunfo en este último punto sobre la division de Miyares haciendo deponer las armas á más de mil hombres. Él entretanto hacia rendir el castillo de Villena, donde cogió otros mil hombres prisioneros. Alentado con tan venturoso principio, revolvió sobre las demás divisiones, recogidas ahora y fortalecidas en las alturas que terminan en Castalla, poblacion situada al pié de un monte, coronada por un castillo. Con todo, recuperaron allí nuestros soldados, bien dirigidos, la honra que acababan de perder en los dos sucesos indicados. Rechazaron una y otra vez las acometidas de sus contrarios; en el centro y la derecha los aliados los rechazaron tambien; y bastó esto para que Suchet, no acostumbrado á los reveses, emprendiese la retirada, y no parase hasta Fuente la Higuera y Onteniente.

Pero aunque en general estos sucesos fuesen favorables á las armas españolas, como Wellington habia tenido que retroceder desde los vertientes del Ebro hasta Portugal en la anterior campaña, bien puede conceptuarse equilibrado el estado moral de ambas huestes al empezar la campaña decisiva de 1813.

Principió á fines de Mayo un movimiento



general del ejército anglo-portugués y la derecha y centro del 4.º sobre la línea que los franceses habian establecido en el Duero. Tan bien calculados habian sido los detalles de esta operacion, preludio de la victoria, que el francés, sorprendido y atortolado con la presentacion simultánea de tantas fuerzas, apenas defendió una línea en que poco antes cifraba grandes esperanzas. Villate, que cubria á Salamanca con una fuerte division, quiso disputar á Wellington su posesion en las alturas inmediatas; pero tuvo que retroceder á Babila-Fuente acometido simultáneamente por Fane y Alten, al tiempo que Morillo desalojaba de Alba de Tormes otro cuerpo y cruzaba el rio con su natural arroyo. Los cuerpos acantonados en el Vierzo y en Oviedo concurren á este movimiento, uniéndose el 4 de Junio en Villalpando mandados por Giron, en ausencia de Castaños, y Porlier. Pocos dias despues, cruzado el Duero por las fuerzas situadas á la izquierda, despues de haber batido en Morales á la guarnicion de Zamora, se correspondian entre sí todas las divisiones, componiendo un poderoso ejército de ciento dos mil hombres, más temible empero por su buena direccion que por su número y disciplina, aunque muy mejorada.

Confundidos los franceses con irrupcion tan inesperada, no sólo renunciaron á sostener la línea del Duero y despues la del Pisuerga, adonde se acogieron, sino que emprendieron la retirada á Búrgos en líneas convenientes. Hill, que se adelantó para obligarlos á desamparar el castillo ó á que, por defenderlo, concentrasen allí sus fuerzas, logró el primero de sus fines habiéndolos desalojado de las alturas de Hormaza en que quisieron oponérsele.

Al abandonar el castillo de Búrgos lo volaron; mas, para mayor desdicha, no queriendo más que arruinarlo, como hubiese dentro muchos proyectiles cargados, que no tuvieron la precaucion de apartar antes, al reventar las minas, se inflamaron tambien, y produjeron una explosion espantosa, que fué á ellos tan fatal como á la ciudad. Esta se resintió toda, siendo muchas las casas que vinieron al suelo, y quedando la fortaleza reducida á un monton de escombros: ellos formados en el camino, á bas-

tante distancia, dispuestos á emprender la marcha, vinieron á sufrir todo el estrago de los proyectiles volados, porque fueron á caer precisamente sobre su masa.

Al alejarse de Búrgos, el intento de José era fortalecerse y defenderse en la línea del Ebro, no imaginando que el gran genio estratégico de su enemigo hubiese llevado tan allá sus cálculos. Empero todo estaba previsto: la izquierda se habia adelantado buscando la ribera alta del rio, y el 14 y 15 todo el ejército acampaba en la opuesta orilla, habiéndolo cruzado por Polientes, San Martin de Lines y Puente de Arenas. Azorados los franceses con ver á sus contrarios en el sitio en que esperaban descansar de sus penalidades, y rehacer, si podemos decirlo, su fortuna, se apresuraron á abandonar el desfiladero de Pancorvo, dejando guarnicion en el castillo, donde habian pensado detener á Wellington. Luego, viendo á los españoles de Giron en Valmaseda amenazando caer sobre Bilbao, conocieron que era inevitable una batalla, y trataron de reunir y concentrar fuerzas sobre Vitoria, ordenando á las guarniciones de Castro-Urdiales y Guetaria que se trasladasen á Santoña y Bilbao. A tal extremo habian venido los orgullosos invasores casi sin combatir, con sólo un bien combinado plan de movimientos.

El inglés tambien, viendo llegado el momento que ha previsto, manda á los de Valmaseda que vengán por Orduña sobre el enemigo mientras él se apresta á salir de Subijana de Monillas en la misma direccion, casi cierto de la victoria, notando lo animosas que todas las tropas se encontraban.

Vitoria, ciudad de unas doce mil almas, situada en el centro próximamente de una espaciosa llanada, que termina, por un lado en los Pirineos que prolongan por nuestra costa septentrional hasta fenecer en Galicia, y por el otro en un ramal de los mismos montes, que forman la vertiente izquierda del Ebro, fué testigo de la gran batalla que arrojó á los franceses de España. Ocuparon éstos, regidos por José y Jourdan, una línea de tres leguas desde la Puebla de Arganzon, en que se apoyaba su izquierda, hasta Abechuco, más allá de Vitoria,



término de la derecha, teniendo en el centro fortificado con mucha artillería un cerro que domina el valle de Zadorra. Los tres cuerpos de batalla tenían reservas. Compensaba las ventajas de esta posición alguna inferioridad numérica, por haberse desprendido varias fuerzas, cuya incorporación quería esperar José para librar la batalla. Wellington, que lo sospechó oportunamente, la precipitó. Inauguró Hill por la derecha el ataque en la mañana del 21 de Junio, siendo el primero en romper el fuego el valeroso Morillo. Ayudado por los ingleses, ganó las alturas que ocupaba la izquierda enemiga, la cual acabó de desconcertarse viendo á Hill penetrar en el pueblo de Subijana que la cubría. Cuantos esfuerzos emplearon los desalojados por recuperar esta posición importante fueron vanos. También el vencedor siguió luchando largo rato inútilmente para arrojar á sus contrarios sobre su propio centro; pero Wellington hizo al suyo trasponerse rápidamente el Zadorra así que vió á su derecha apoderada de Subijana, y reforzado oportunamente por dos brigadas de artillería para batir el formidable cerro, logró, aunque á grade costa, que ambos cuerpos enemigos le cediesen las ventajosas posiciones que ocupaba. Era esto por las seis de la tarde. No se retiraron desordenadamente; pero los aliados, avanzando tras ellos sobre Vitoria en escalones, no sólo les impidieron rehacerse, sino que decidieron también la derrota de la derecha.

Graham, recayendo sobre ella por las diez de la mañana, la había desalojado de sus alturas y de los pueblos de Gamarra Menor, Gamarra Mayor y Abechuco, que ocupaba con grandes fuerzas para defender los puentes de Zadorra. El último punto era importantísimo, y los desalojados volvieron tres veces al ataque, pero en todas sin fruto. Sin embargo, el vencedor no prosiguió el combate, esperando acertadamente que la retirada que se iniciaba en las otras partes del campo decidiría la de éstos sin mayor derramamiento de sangre. Entonces en efecto, pasó el Zadorra, y bastó este movimiento, que impedía aquel trozo enemigo unirse á los otros que se replegaban sobre Vitoria, para que se pronunciasen en completo desorden y difundiese en

sus filas el terror. Ocho mil hombres entre muertos y heridos, mil prisioneros y ciento cincuenta y un cañones fueron para los aliados el primer fruto de esta memorable batalla. Les costó cinco mil muertos y heridos, de los cuales sólo tuvieron seiscientos los españoles por ser inferior su número: por lo demás, así Morillo en la derecha como Longa en la izquierda tomaron una parte muy principal en la pelea. Debe contarse entre los frutos de la batalla el gran convoy dispuesto á la salida de Vitoria para marchar á Francia, el cual se componía del espléndido equipaje de los generales y las personas comprometidas por el intruso, de varias cajas militares llenas de dinero que se repartieron los vencedores, y de la artillería. Jourdan perdió allí su bastón de mariscal del imperio, del cual hizo Wellington obsequio al príncipe regente de Inglaterra. José, precisado á abandonar su coche en la retirada, perdió la espada que le regalara la ciudad de Nápoles y otras prendas de su equipaje; en el cual se halló también su correspondencia. Recuperáronse además algunas de las alhajas del inmenso convoy de coches, galeras, carros, acémilas que el general Hugo había sacado de Madrid la evacuarla por la vez postrera la guarnición francesa el 27 de Mayo para incorporarse en Valladolid al grueso del ejército. En él iba casi el resto de las preciosidades que nos habían legado el sentimiento religioso, la grandeza militar del siglo XVI y la conquista de las Indias, guardadas en los conventos, palacios y museos.

El arte y la ciencia quizá ganaron en que se diesen á conocer; pero España hizo este sacrificio más por la civilización general.

Entusiasmadas las naciones que en la victoria tomaron parte recompensaron generosamente á sus soldados. El parlamento inglés y las Cortes españolas les votaron gracias. El príncipe regente dió á Wellington el bastón de *feld-mariscal* de la Gran-Bretaña, la mayor dignidad militar de esta nación, que disfrutaban pocos, y nuestras Cortes, á propuesta de Argüelles, le concedieron, para sí y sus herederos, la pingüe posesión real de la fértil vega de Granada, conocida con el nombre de Soto de Roma



y el terreno de las Chanchinas. La ciudad de Vitoria agasajó también á su hijo el general Alava con una rica espada de oro.

Los vencidos, aterrados, ya no pensaron sino en salvar sus vidas metiéndose en Francia por el camino de Pamplona, temerosos de tropezar, si seguían la carretera directa de Irun, con la fuerza de Giron. Cuál sería su pánico que, al llegar á aquella plaza, encontrando cerradas las puertas, no aguardaron á que se las abriesen sino que empezaron á saltar por encima de las murallas, y ya dentro, en el consejo de guerra que celebraron, varios fueron de parecer que se volasen las fortificaciones, no fiando en ellas su seguridad. No se hizo por un resto de esperanza de José; mas no por eso dejó de continuar la retirada hasta meterse por fin en Francia por tres puntos distintos. Hill les fué picando la retaguardia tan de cerca que los soldados, al pisar el suelo de la patria derramaban lágrimas de placer como por una dicha inesperada ó cuya esperanza perdieran.

El general Foy, que, llamado por José en su amparo, había recogido gente de varias guarniciones, entre ellas la de Bilbao hasta reunir doce mil hombres, cuando halló que su cooperación era tardía, emprendió también la retirada, amenazado de cerca por Giron y Graham. Empero no queriendo meterse en Francia sin tentar antes la fortuna ó al ménos salvar su honra militar, presentó batalla en Tolosa. En otras circunstancias, el valor y la inteligencia que allí desplegó le hubieran probablemente hecho dueño de la victoria: entonces era imposible detener el impulso de la adversa fortuna. Derrotado en las ventajosas posiciones que escogiera, se replegó á la villa, de donde acometido con mayor ardor, se retiró presurosamente sin descansar hasta que pisó el suelo amigo de la patria.

Clausel, que, perseguido y estrechado de cerca por Mina y D. Julian Sanchez, ignoró la derrota de José hasta que se acercó á Vitoria, tuvo que correr precipitadamente por las orillas del Ebro hasta Zaragoza para poderse meter en Francia por Jaca y Canfranc.

Entretanto Longa rendía los fuertes del puerto de Pasages, y el conde del Abisbal se

apoderaba de los del angosto desfiladero de Pancorvo, el uno por asalto y el otro por capitulación. El enemigo había dejado en ellos mil hombres de guarnición, que en otras circunstancias hubieran hecho in conquistables aquellos montes enriscados y peñascosos.

Libre así de los ejércitos y las fortalezas enemigas que de cerca pudieran inquietarle, Wellington extendió sus fuerzas por la frontera estableciendo el cuartel general en Hernani como el punto céntrico más á propósito, tanto para rechazar cualquiera nueva invasión como para dirigir los sitios de Santoña, San Sebastian y Pamplona, únicas plazas en que por aquella parte quedaba ondeando el pabellón francés. Dos meses habían bastado para libertar del yugo enemigo á Extremadura, ambas Castillas, las Vascongadas y Navarra: dicho resultado, fruto del genio y de la fortuna, cuyo auxilio es en todo necesario.

Para cooperar al buen éxito de esta campaña, habla ordenado Wellington que los demas ejércitos emprendiesen otras operaciones á fin de distraer la atención de los generales enemigos, particularmente de Suchet. Con esta mira se acordó en la parte meridional una expedición á las costas de Cataluña, en tanto que los ejércitos 2.º y 3.º atacarían la línea del Júcar para precisar al conquistador de Valencia, ó á abandonar las plazas del Ebro, ó á desmembrar sus fuerzas. Esto le exponía á perder su rica presa y el mejor florón de su corona militar, y aquello le cerraba el camino de la retirada, que, desde la derrota de Castalla, se presentaba ménos improbable. Salió la expedición de Alicante el 31 de Mayo en fuerza de catorce mil infantes y setecientos caballos, entre los anglo-sicilianos y españoles, que, á las órdenes de Murray hicieron rumbo á las aguas de Tarragona. El 3 de Junio desembarcaron, y en tanto que se preparaba el asedio, se destacó una brigada contra el castillo del Coll de Balaguer para cubrir aquella avenida. La guarnición, amedrentada con la explosión de un almacén de pólvora, se rindió pronto. Asegurado este punto, fué á colocarse Copons en el camino de Altafulla para cubrir la otra avenida de Barcelona. Pero estas precauciones, convenientes para un asedio